

Próximo número:

De los confines del silencioso Norte

*La más fina producción inter-
pretada por el mimado artista*

Frank Mayo

Postal-fotografía:

Mabel Normand

Sale todos los miércoles

Precio 25 cts

No tarde más tiempo en completar la colección de nuestras novelas ahora que están listas las nuevas reimpresiones de los números agotados, si desea usted coleccionarlas en nuestro próximo album.

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 48

25 cts.



EL FALSARIO

por
Lionel Barrymore

Filmoteca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO II

N.º 48

EL FALSARIO

POR LIONEL BARRYMORE

Versión cinematográfica de la famosa novela
de Sir Charles L. Young: "JIM THE PENMAN"

FIRST NATIONAL CIRCUIT

Concesionarios: EMPRESAS REUNIDAS S. A.
Paseo de Gracia, 56 Barcelona

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA DE DICHO TITULO

El principio de nuestra historia se remonta á veinte años atrás, en la pequeña ciudad de Glenrock, á pocas leguas de Nueva York, la moderna Babilonia.

Nina Bronson, hija del primer banquero de la localidad, cuyo corazón sediento de cariño desde la muerte de su madre habíase entregado por completo al hombre que fuera su compañero de niñez, poseía, además de su belleza

física, todas las virtudes de la mujer de hogar y el don de cambiar por sonrisa las arrugas de pesadumbre de su padre cuando, por asuntos..... ó por recuerdos, éstas surcaban su frente.

Luis Percival, hijo único de los principales manufactureros de la ciudad, quería á Nina con todo el ardor de su juventud y todo el romántico respeto del primer amor.

Jaime Ralston, cajero del «Banco Glenrock», que desde hacía algunos años adoraba á Nina en silencio, vivía el tormento de un amor que se había convertido en pasión indomable y avasalladora. Todos los intentos de aproximación, en sentido amoroso, á Nina, habían sido infructuosos y ella, ajena en absoluto al poderoso sentimiento de que era causa, le consideraba como un afectuoso amigo... y nada más... porque lo otro, es decir, su cariño de enamorada, pertenecía á Luis, aunque no se hubieran declarado aún, mutuamente, para formalizarlo, su amor.

Por aquel entonces, Glenrock fué el elegido campo de una partida de respetables *financieros* que bajo el título de Internacional Oil Corporation se proponían explotar la riqueza petrolífera de una supuesta región... y la real y verdadera ingenuidad de las crédulas gentes del lugar.

El Consejo de Administración se había reunido con el objeto de examinar y aprobar el vasto plan de publicidad de la flamante compañía. B. J. Smith era el presidente de la corporación. Los anuncios que los ingeniosos *financieros* iban á insertar en todos los periódicos locales eran por el estilo de los que damos

á conocer á continuación:

“¿Quiere usted centuplicar sus ahorros? Invierta todo su dinero en acciones de la INTERNACIONAL OIL CORPORATION, propietaria de los más extensos yacimientos del mundo. Nuestras oficinas están en todas partes. Su Banco de su localidad es nuestro mismo Banco.

EL BARON HARTFELD, UNO DE LOS PRINCIPALES FINANCIEROS DE LA «INTERNACIONAL OIL CORPORATION» SALE PARA RUMANÍA CON OBJETO DE EMPEZAR LA PERFORACIÓN DE POZOS DE PETRÓLEO

El Barón Hartfeld, verdadero genio de las finanzas, cuya inmensa fortuna se halla repartida en casi todos los bancos del país, saldrá en breve de Nueva York para Rumania, donde se hallan emplazados los pozos petrolíferos de la gran compañía.

Los más autorizados técnicos estiman que el primer año de producción de estas propiedades será de un valor incalculable.“

Pero el Barón de Hartfeld, el verdadero cabeza de la partida de *financieros*, no hacía más que cambiar de hotel, y en su nuevo encierro, cuidadosamente oculto, sólo aguardaba el resultado de la emisión.

Cierto día, Glenrock amaneció inundado de unas hojitas prometedoras de inmensa fortuna... y un nuevo cuenta-correntista, el Barón Hartfeld, para acreditar (*durante la emisión*) á su sociedad con un fuerte ingreso suyo, entraba en el Banco de Glenrock. La ficha de registro de firma del imponente era llenada, por el interesado, como sigue:

MAX HARTFELD
Castillo de Hartfeld
TRANSYLVANIA
(Rumanía)

Enock Bronson, Presidente del Banco de Glenrock, padre de Nina, era un hombre incapaz de abusar de la confianza puesta en él, pero la precaria situación de la casa de Banca le había arrastrado á peligrosas especulaciones.

Jaime Ralston, consultando su reloj, decidió despachar un delicadísimo trabajo que no tenía ninguna relación con su cargo de simple cajero, y haciendo tal cosa le llamó por teléfono el señor Bronson:

—Oiga, Ralston... He estado entretenido y no podré llegar á tiempo para firmar mi correo. Le ruego que lo haga por mí...

—Ya había empezado á hacerlo, señor Bronson.

Nina, que entró en el despacho de su padre sin saber que en su lugar hallaría á Ralston, vió á éste firmar por aquél, sorprendiéndole la exactitud de la copia:

—¡Caramba!... No sabía que lo hubieran nombrado Presidente...

—Como su papá no podía llegar á tiempo de firmar, me ha ordenado que lo hiciera por él... Muy á menudo lo hago así. Vea usted estos duplicados de cartas de la semana pasada... también los firmé yo.

—¡Es asombroso!... Hubiera jurado que era la letra de papá.

—Veo tanto su firma desde numerosos años, que, inconscientemente, puedo imitarla.

Hábilmente convencido por los directores de

la emisión de acciones de la International Oil Corporation, el señor Bronson invirtió una importante suma en la creencia de que la participación en los negocios de la nueva sociedad era lo que podría poner á flote su establecimiento.

Ralston recibió una invitación para la fiesta organizada por Nina Bronson para celebrar su cumpleaños, á la cual iba unido un carnet de baile, con el siguiente programa:

- | | |
|---------------|----------------|
| 1.—Pasodoble. | 9.—Pasodoble. |
| 2.—Vals. | 10.—Mazurka. |
| 3.—Pasodoble. | 11.—Pasodoble. |
| 4.—Vals. | 12.—Pasodoble. |
| 5.—Vals. | 13.—Vals. |
| 6.—Lanceros. | 14.—Pasodoble. |
| 7.—Vals. | 15.—Cuadrilla. |
| 8.—Pasodoble. | 16.—Vals. |

La idea de bailar con ella, con la mujer que siempre soñara para sí, le llenó de gozo el espíritu, y cuando la vió de nuevo en el Banco le salió al encuentro:

—¿Sería usted tan amable, señorita Bronson? A nadie le he pedido ningún baile... Si usted quisiera concederme alguno...

—Con mucho gusto... Podremos bailar un pasodoble... el primero de la segunda parte, ¿le parece á usted bien?

—Agradecidísimo, señorita. ¿Quiere usted misma poner su nombre á continuación del baile que me ofrece?... Muchas gracias... Sin embargo, si no es abusar, ¿podría usted concederme uno más, tan sólo?... ¿El último vals, por ejemplo?...

La llegada del padre de Nina separó á ésta de Jaime, sin contestarle otra cosa que: "per-

done", para alcanzar al primero en su despacho y hablarle relativamente á la fiesta de su cumpleaños.

Después de las horas de oficina, Ralston pensó que Nina no recordaría si le había concedido un baile ó dos, de modo que podía tener la esperanza de bailar con ella el último vals. Pero para eso precisaba la firma de Nina misma, como la puesta frente á la palabra "pasodoble". Algo enigmático fué lo que recordó á Ralston su habilidad en imitar la firma del padre de ella, y lo que le dió á suponer que fijándose un poco podría copiar la de Nina para asegurarse el último baile para sí. Hizo ensayos en un papel, y lo llenó de firmas hasta que, con pulso firme, dió con la misma de Nina, que repitió en el carnet de baile, junto al último vals.

Llegó el día de la fiesta y con él, el suspirado momento de bailar con ella.

Llegó también el último vals; Luis Percival ofreció el brazo á Nina, y Ralston hizo el mismo gesto.

—Usted perdone, señor Ralston... La señorita Nina me comprometió este baile.

—Qué cosa tan singular, señor Percival. La señorita Nina ha concedido este vals á los dos.

—¡Cómo es posible!...—dijo, con extrañeza, Nina.

—Su nombre está puesto en mi tarjeta..... Véanlo ustedes...—añadió Ralston.

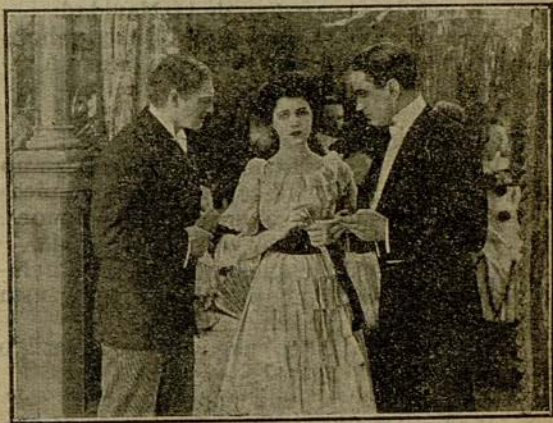
—¡Qué cosa más rara! No me acuerdo en absoluto de haberlo escrito.

—En este caso, sin que Nina haya de resolver, considero que debe usted bailar con ella, señor Ralston.

—Muchas gracias.

Ralston y Nina bailaron; él desbordando de placer, y ella resignada y con mal disimulado disgusto por haber, la delicadeza, sacrificado el último baile (puesto que Percival había bailado casi toda la noche con ella).

A medio bailar, simulando fatiga, Nina se separó con Jaime á un lado, y se sentaron cerca



—¡Qué cosa más rara! No me acuerdo...

de una mesa en que habían muchas flores. Ambos guardaban un embarazoso silencio. De pronto, Ralston, con suma galantería, la pidió una flor... y ella se la dió desde luego sin atribuir á su complacencia el valor que tenía para Ralston. El vals tocaba á su fin... Era la música de una romanza sentimental, de brillante estilo; el estribillo repetía que "todo el

mañana debería ser como hoy" y Ralston, en aquel breve instante en que se sentía tibiamente envuelto en el perfume de ella, confirmóse una vez más que era imposible que *todo el mañana* pudiera vivirse sin ella.

Pasaron unos días, y el de la Nochebuena, el padre de Nina dijo á Ralston, en su propia casa donde éste había ido á presentar sus respetos á su hija con motivo de la Navidad:

—Ralston... Venga conmigo al Banco ahora mismo... Se trata de un asunto gravísimo á resolver esta misma noche.

—Vamos.

En el Banco.

—Ralston... ¡Estoy arruinado! Mi cabeza no vé solución posible... Necesito que usted piense en algún medio de salvarme del deshonor...

—¿De qué se trata?... A ver: hable usted...

—Es indispensable que tenga mañana treinta mil dólares... Si no puedo conseguir esta cantidad iré á la cárcel.

—¿En qué fantástico negocio ha invertido usted esta vez el dinero?

—Esa pregunta es una impertinencia.

—Muchas gracias. En este caso, lo siento, pero no tengo la menor idea de cómo conseguir esa cantidad... Buenas noches...

—Ralston... Perdóne usted... Bien sabe Dios que no me importaría nada si sólo se tratara de mí... pero era el dinero de otras gentes...

—¿Y se ha atrevido usted á decirme que mi pregunta era una impertinencia?... Es decir que no contento con arruinar al Banco, ¿se ha permitido usted echar mano de dinero ajeno? ¿Eso es lo que hace el señor Presidente de una casa bancaria! ¡Qué insensatez! No, no quiero sa-

ber nada de sus negocios. Cuente éstos al Consejo de Administración.

—¡Pobre hija mía!...

Jaime iba á marcharse, mas esta última exclamación le detuvo y le obligó á retractarse. Sin saber el señor Bronson la influencia que sólo el recuerdo de Nina ejercía en Ralston, había plañido á su hija, previendo para ella la doble ruina moral y material si él llegara á ir á la cárcel. Deseando proteger á Nina, *pero sin saber cómo*, Ralston contestó:

—Buscaré la manera de ayudarle... sea como sea.

—Gracias, Ralston.

—Pero tenga usted en cuenta que todo lo que haga será por ella... por Nina.

—¡Cómo! ¿Quiere usted á Nina?

—Sí... La quiero.

—Entonces, el favor que va usted á hacerme representa...

—No... No trato de comprarla... Jamás sabrá lo que usted ha hecho ni lo que yo pueda hacer por salvarla.

—Le deberé á usted la vida, Ralston... Si consigue usted el dinero, envíelo á B. J. Smith, oficina número 801, del edificio Witty.

La circunstancia de que el mayor depósito del Banco había quedado intacto desde que se impusiera unos meses atrás, sugirió á Ralston el plan que había de salvar la reputación de Enock Bronson.

¡Nada más fácil que lanzar un cheque de un cliente que estaba en Rumania! Cuando el cheque llegara se pagaría con los fondos en custodia y ya habría tiempo de reponerlo.

En su casa, Ralston extendió el siguiente

cheque:

BANCO DE GLENROCK

Páguese á la orden de Enok Bronson la suma de TREINTA MIL DÓLARES, con cargo á mi cuenta de depósito.

Max Hartfeld.

falsificando la firma del Barón de un modo perfecto, y endosando el cheque á la orden de



—Le deberé á usted la vida, Ralston.

B. J. Smith, firmando asimismo por el señor Bronson, es decir, para mejor explicar esta operación, que Ralston falsificó la firma del Barón para que el padre de Nina pudiera cobrar la suma que le hacía falta para pagar á Smith y que, para simplificar la cosa, Ralston había falsificado también la firma del padre de Nina traspasando el derecho al cobro del cita-

do cheque al señor Smith que sería quien lo iría á cobrar.

Al día siguiente.

B. J. Smith, el Presidente de la Internacional Oil Corporation, recibió el cheque pero sabía perfectamente que el Barón de Hartfeld no prestaba dinero á nadie para invertirlo en sus propios "negocios".

Como se habrá comprendido, Ralston incurrió en el mayor error que podía temer, ó sea que el cheque fuera á parar á una persona que estuviera en tan estrecha relación con el firmante del documento.

Smith se entrevistó inmediatamente con el Barón, y éste, asombrado, convino en que la falsificación de su firma era estupenda... y *ardía en deseos de conocer á su eminente autor.*

En el Banco, Ralston esperaba el final de los acontecimientos... pero el cheque no era presentado al cobro.

Nina fué á verle por orden de su padre.

—Papá está enfermo y tiene curiosidad por saber el resultado de las instrucciones que dió á usted ayer...

—Dispense un momento, señorita Nina. Llaman al teléfono... ¡Diga!... Si, es aquí.

—Habla usted con B. J. Smith... He recibido su cheque pero deseo tener una entrevista con usted esta tarde en mi hotel.

Sobreponiéndose á la emoción recibida, Ralston contestó á la pregunta de antes de Nina:

—Diga usted á su papá que le pondré al corriente de lo que haya tan pronto como sea posible.

Terminado el trabajo del Banco, Ralston se personó en la habitación del hotel ocupada

por el barón, donde le esperaba el señor Smith.

—Yo soy el cajero del Banco... Estoy al corriente del envío de su cheque.

—Entonces también debe usted saber que es falso.

—¿Qué dice usted! ¿Qué le hace suponer que el cheque sea una falsificación?

—El pequeño detalle de que yo soy el Barón de Hartfeld —contestó á Ralston el barón, apareciendo.

—El Barón de Harfeld está en Rumanía...

—No discutamos... Comprendo el juego...

—Entonces, no hay que hablar... El señor Bronson le debía á usted, señor Smith, esa suma... Ahí tiene usted un cheque; preséntelo. No tratábamos de estafar al barón esta cantidad.

—En efecto,—dijo el barón—tiene usted razón... Pero un cheque tan excelente como éste, podría ser usado en otra cosa...

—Eso significaría para mí la cárcel.

—No es indispensable. Es usted un verdadero genio de la pluma... y yo sabré cómo usar sus excepcionales dotes.

—¡Nuncal

—Tiene usted dos caminos: ir á la cárcel ó convertirse en uno de los más ricos y más poderosos de esta ciudad.

—No, ño; yo no puedo hacer eso.

—Decida usted cuál solución acepta. No nos gusta perder el tiempo.

—Está bien... Pasaré por lo que sea á condición de que los negocios del señor Bronson se pongan al corriente.

—Convenido... No se arrepentirá usted de ello. ¡Venga esa mano, amigo! Ahora, hagamos un contrato... Ya está... Firmelo... ¿Quiere que

se lo lea? Dice así:

"Hago constar por el presente documento que en atención á que el Barón de Hartfeld promete no entablar acción alguna contra mi falsificación de su firma, acuerdo convertirme en su empleado durante veinte años, bajo las condiciones y para el trabajo que él estipule."

Ralston, lívido y tembloroso, se resistía á



—No discutamos... Comprendo el juego...

poner su firma al pie del contrato, pero el barón, que veía en él un medio efficacísimo de enriquecer á toda la famosa partida de *financieros* en la mayor impunidad y con todo descanso, le guió la mano para que lo hiciera. Logrado su deseo, el barón, guardándose el cheque falsificado, en su cartera, dijo á Ralston:

—Tal día como hoy, dentro de veinte años,

podrá usted recuperar este cheque. Ahora, lo que usted necesita es una buena oficina... y un buen sastre.

De este modo, Jaime Ralston vendió su vida por no manchar el nombre de la mujer á quien amaba.

Su sacrificio no alcanzaba al padre de Nina, pues éste, dudando del éxito de las gestiones de Ralston y desesperado de rabia y de vergüenza, se había suicidado.

Enterado de ello, con la consiguiente consternación, Ralston fué á ofrecerse á Nina por si había algo en que pudiera ser útil. Entonces recibió otra sorpresa mayor, al oír la contestación de Percival, junto á quien lloraba sin consuelo Nina:

— Gracias, señor Ralston... La señorita Bronson y yo nos prometimos ayer, y creo que es mi deber encargarme de todos los asuntos particulares.

Fué una mordedura atroz en el corazón lastimado en todos conceptos de Ralston.

Unas cuantas noches después, en su casa, llena de tristeza como él mismo, Ralston releyó una carta concebida en estos términos:

• Querido Ralston:

Nina me ruega dé á usted las gracias por su valiosa asistencia en el arreglo de los negocios de su padre (Q. E. P. D.)

Excuso decirle que Nina y yo no olvidaremos nunca la atención de que hemos sido objeto por parte de usted, y con este motivo aprovecho la ocasión para reiterarme suyo affmo. amigo y s. s.

Luis Percival.

Después de leer por la tercera ó cuarta vez la carta de Luis Percival, Ralston puso á eje-

cución, sin parar mientes en las consecuencias, una idea que se le ocurrió á la vista de esta carta, y escribió lo que sigue falsificando la firma de Luis:

• Querida Nina:

Perdóname que rompa el silencio que tu dolor me impuso, pero es preciso que dé este paso. La trágica muerte de tu padre me obliga á dar por



Ralston fué á ofrecerse á Nina....

anulado nuestro compromiso, que hubiera quebrantado la severa tradición de los Percival. Te ruego que no trates de verme y te pido que me ayudes á olvidar.

Luis Percival.

Ralston completaba su idea escribiendo esta otra carta, teniendo bajo sus ojos la letra de Nina, es decir, su nombre escribió en el carnet



Ralston, lívido y tembloroso...

de baile:

«Querido Luis:

En nombre del amor que siempre me has jurado, te imploro no vuelvas á verme.

Creí amarte, pero ahora comprendo que no fué más que una amistad que no ha llegado á cristalizar en verdadero amor.

No trates de verme pues esto haría más dolorosa nuestra separación.

Nina Bronson.»

Era un mutuo despido que separaría para siempre á dos seres que se amaban.

Mientras eso hacía Ralston, por otra parte, en un pequeño islote, á pocas millas de la costa, el barón y sus compañeros de negocios se reunían para tratar asuntos de interés.

El barón exponía en ese momento á sus compañeros el motivo de la reunión:

—He convocado esta reunión extraordinaria para deciros que desde ahora entra á formar parte de nuestra Sociedad un nuevo consejero... un verdadero genio cuyo talento nos hará dueños del mundo de los negocios... El joven de que os hablo, sin imaginárselo siquiera, tiene el honor de ser el más maravilloso falsificador que haya jamás existido...

Durante los meses que siguieron, apareció en el firmamento de los negocios un nuevo genio financiero, tan incógnito como poderoso... Y Nina Bronson tenía en la desinteresada amistad de Jaime Ralston un consuelo á su inmensa pesadumbre.

Una noche, Ralston acompañó á Nina á la Ópera, y casualmente la música tocó la romanza que tantas veces oyeron juntos Luis Percival y ella, esa romanza del *“todo el mañana*

debería ser como el hoy“, y Nina, recordando horas serenas de murmullos de amor, se levantó con ademán de marcharse y se excusó á Ralston, diciéndole:

—Ralston... Amo á Luis todavía... Bueno ó malo... Con razón ó sin ella...

—Lo que usted necesita es un buen compañero que la ame como usted merece... Acépteme usted como esposo, Nina... y yo le prometo que me haré digno de su cariño.

—Es usted, Nina?

—¿Acepta usted, Nina?

—¡Es usted tan bueno!...

Pasaron dos años.

Jaime y Nina se unieron para siempre y tenían entonces una niña: Ana. Y aunque todo el amor del alma pecadora de Jaime se había concentrado en su hija, una secreta voz parecía decirle que no era enteramente suya, sino un fraude más.

Durante el transcurso de los años, Ralston, que se había trasladado á Nueva York con su familia, consiguió todas las riquezas excepto la que más ambicionaba: el amor de su esposa.

El amo (el Barón Hartfeld), con los suyos, y el esclavo (Jaime Ralston) tenían una entrevista en el islote donde se celebraban las reuniones de la partida de *financieros*.

—Se trata de un hombre que en una sola operación ha ganado quinientos mil dólares... Se llama Luis Percival...

—¿Luis Percival?... ¡Rehusó falsificar esa firma!

—¿Qué dice Ralston?—preguntaron al Barón, estupefactos, los ególatras estafadores á

quienes éste, para convencer al falsario por sí solo, hizo retirar á otra habitación.

—¡Ya le he hecho bastante mal á ese hombre! —arguyó Ralston.

—Eso quiere decir que nos has traicionado... que no has repartido entre nosotros el producto...

—Fué una cuestión puramente personal, no una cuestión de dinero.

—Razón de más. Todos odiamos á quienes hemos injuriado... porque no podemos olvidarlos.

—¿Arruinará á Percival la falsificación de este cheque?

—Arruinarlo, tal vez no... Algo le quedará..

—Tienes razón... Lo haré.

—Ya sabía yo que no dejarias perder tan magna ocasión.

La ruina de Percival vendría á ser para Ralston la venganza que merecía por haberle robado el cariño de Nina, (pues convencido estaba de que entre él y su esposa se interpondría siempre la sombra del primer novio.)

Corrían los plácidos días de la primavera de 1920 y Nina y Ana, que pasaban la temporada en Londres, eran recibidas en lo más aristocráticos salones, gracias á la poderosa influencia del gran financiero.

Ana Ralston era una linda joven muy interesante. Así lo consideró Lord Drelincourt, joven heredero del principal accionista de una importante casa bancaria de Londres, que veía en Ana el ideal de su ilusión. Un día, en vísperas de la partida de Ana y su madre hacia Nueva York, el Lord en cuestión dijo á la primera:

—Papá está en relaciones con el suyo para un negocio. Para ultimarlo, voy á ir á Nueva York en el mismo barco que usted...

—¿De veras?

—¿Se alegra usted, Ana?

—¡Oh, mucho!

—Yo, por usted... daba la vuelta al mundo.

—¿A pie?

—Llevándola en brazos.

—Sería usted un héroe...

—¿Quién no lo sería por esos ojos tan bonitos que usted tiene? Ana... ¡yo la amo á usted con delirio!

Tres ó cuatro frases más dieron por resultado un mutuo tierno abrazo que fué sorprendido por Nina. Lord Drelincourt hizo á ésta en seguida la correspondiente petición de mano de Ana.

—Estoy muy satisfecha de tu elección, hija mia,—contestó su madre—pero nada puede fijarse en definitiva, Lord, hasta que mi esposo haya dado su consentimiento.

Entretanto en Nueva York, donde todos los esfuerzos de la policía tendían á desentrañar la incógnita de aquel misterioso falsificador, bautizado con el apodo de «El Pendolista», el caso Percival fue encomendado al Capitán Reedwod, ex agente del Departamento de Espionaje, quien recibía de su jefe las siguientes instrucciones:

—Hoy llega Percival á Nueva York... Creo que éste es otro caso de «El Pendolista»... Y creo que no estaría de más que vigilara usted á Jaime Ralston.

—¿Supone usted que Ralston...?

—Su origen hace sospechar...

Aquel mismo día, Ralston iba á esperar al muelle la llegada de su esposa y de su hija. El Barón de Hartfeld lo espiaba. Cuando éstas llegaron con el pretendiente de Ana, y apenas Ralston los había cariñosamente recibido, en particular á su hija, su ídolo, el Barón se le acercó de improviso obligándole á ser presentado como un buen amigo.

El capitán Reedwod, que estaba al acecho en el muelle, tuvo motivo de acercarse á Ralston pues conocía al joven Drelincourt. Este lo presentó á los demás y añadió:

—Durante ocho meses estuvimos juntos en un campo de prisioneros...

Nina, para ser agradable á su futuro yerno, dijo al capitán:

—Tengo la esperanza de que mi casa pueda ofrecerle mejor hospitalidad.

De modo que por unos días en la casa de Ralston se hospedaron: Lord Drelincourt, su compañero de armas, el capitán Reedwod, que bendecía la ocasión de espiar en su propio domicilio á Ralston, y el Barón Hartfeld, éste á pesar de la disputa que sostuvo con el falsario cuando le dijo que había decidido ser también su huésped, por el mismo tiempo que los demás.

—Habíamos convenido en vernos únicamente mediante una cita previa.

—Olvidas una excepción: cuando uno de los asociados tenga sus razones para desconfiar de otro...

Nina había cortado la conversación con su presencia en el despacho de su esposo.

Ralston, el esclavo, arrastraba penosamente su humillante cadena.

Enterado Luis Percival por los periódicos de la llegada á New York de la que fué su prometida, y deseoso de volverla á ver, sin rencor por el brusco despido que ella le mandó, la telefoneó á su casa. La doncella de Nina se puso en el aparato:

—El señor Percival está en el teléfono, señora... Pide permiso para visitar á usted.

Nina no acertaba á comprender el motivo por el cual Percival quería ir á su casa, después de lo cruel que fué con ella. Curiosa, sin embargo, mandó contestar que tendría mucho gusto en volverle á ver.

A poco, el criado anunció á Nina, en el salón donde la familia y los huéspedes estaban reunidos, al señor Percival, y Ralston palideció. El recibimiento que él hizo al antiguo novio de su esposa, fué discretamente frío; en cambio, el de Nina, fué de un natural sorprendente... *sorprendida* por la *naturalidad* con que se presentó Percival, consecuencia lógica del convencimiento que tenían ambos de que sólo uno de los dos era el causante de haber roto su felicidad. En efecto, ninguno de los dos se reprochaba nada y al contrario atribuía la culpa al otro.

El único que podía explicarse perfectamente la osadía de Percival de presentarse ante Nina, era Ralston, pues él sólo tenía la clave del secreto que separó á los dos novios.

El Barón, alarmado por la presencia de Percival, siguió á su socio hasta su despacho, y hablaron de esta forma:

—Dijiste que desconfiabas de mí... ¿por qué?

—¿Qué está haciendo Percival aquí?... ¿Y qué

nueva empresa con Drelincourt?

—Percival y mi esposa fueron amigos hace muchísimos años... En cuanto á Drelincourt, á nadie le importa en dónde ó en qué invierto mi participación en nuestros negocios. Además, los veinte años de convenio tocan casi á su fin.

—Pero si entretanto no te portas bien con nosotros, no te dejaremos en libertad de ninguna manera.

—Si intentais una jugada como esa soy capaz de contarle todo á la policía, aunque tenga que morir en la cárcel.

—Sólo queremos realizar otra operación, hombre... Después disolveremos nuestra sociedad para siempre.

—¿Qué nueva estafa se ha de cometer?

—Se trata de firmar el nombre de Lord Jorge Drelincourt.

—¿Qué dices?

—Desde el momento en que has olvidado á tus viejos asociados en el negocio de Drelincourt, no puedes echarnos en cara que obtenemos nuestra parte por el antiguo procedimiento... Piénsalo bien... Alguien llega... Volveré luego...

Nina y Percival hablaban acerca de la falsificación de la firma de este último:

—Tengo la seguridad que mi esposo hará lo imposible para ayudarte á descubrir á ese famoso falsificador á quien la policía llama «El Pendolista»...

El capitán Reedwod, escuchaba...

El que llegaba al despacho de Ralston, empujado por Ana, era Lord Drelincourt.

—Señor Ralston... Se trata de algo más im-

portante que todos los negocios... Ana y yo...

—¡Eh! ¡Cómo! ¡Imposible, imposible...!

—Sé que valgo muy poco para ella...

—No tengo nada que decir contra usted, Drelincourt. Solamente... me parecen muy jóvenes todavía...

Ana entró en el despacho de su padre cuando supuso que su novio había obtenido su consentimiento, y rompió en amargo llanto al enterarse de la negación.

Ralston pasó por la más atroz de las torturas y venciéndolo todo, sus escrúpulos inclusive, por la felicidad de su hija adorada, oprimió contra su pecho á los dos enamorados y los unió él mismo en un abrazo lleno de esperanzas...

La conversación de Nina y Percival desvióse hacia el terreno de antaño...

—Después de todo, quizá Ralston haya sido mejor esposo...

—Qué fortuna que lo descubrieras á tiempo de evitar el casamiento...

—Perdóname... pero fuiste tú quien descubrió á tiempo la equivocación. Durante todos estos años he llevado siempre conmigo tu carta. Es el recuerdo del desengaño que me ha impedido tomar estado. Mirala; léela.

—Es mi letra y mi firma, pero yo jamás escribí esta carta... Aguarda... Toma, lee el escrito que tú me enviaste... Yo también lo guardo entre mis cosas...

—¡Qué raro es esto! Yo jamás escribí eso.

En la mente de Nina se reprodujo la escena que presenció un día en el «Banco de Glenrock»: *Ralston firmaba las cartas imitando la firma de su padre.* Luego recordó también el

caso del doble compromiso del último vals de la fiesta de su cumpleaños. Sugestionada, pronunció el nombre del presunto culpable:

—¡Jaime!

Pero en seguida rechazó esa idea á la par que Percival se debatía en las tinieblas del misterio.

El capitán Reedwó^d lo había oído todo... y Percival, descubriéndolo oculto, le exigió una explicación, extrañándose de que un amigo, pues también lo era suyo, lo estuviera espiando.

—En este momento no soy más que el detective... y creo que por fin he cogido al «Pendolista».

—¿Te refieres á Ralston?

—Después de lo que acabo de oír, es innegable que el falsificador que á tí te ha robado es él... Su esposa le acaba de delatar y tú estás seguro de ello...

—Salgamos inmediatamente de aquí y hablaremos de lo que pueda hacerse.

Ralston, ajeno al peligro que le amenazaba, contestaba al Barón cuando éste volvió á su despacho para conocer lo que había decidido hacer respecto al cheque de Lord Drelincourt.

—No puedo falsificar la firma de ese muchacho... Va á casarse con mi hija...

—¡Tanto más seguro, hombre! Y en cuanto á ese Percival, ya no me preocupa ni poco ni mucho... He visto que sus intenciones se dirigen solamente á tu esposa...

—¡Miserable!...

—Prudencia, Ralston. Hoy, como hace veinte años, en tus manos está tu salvación. Si no

está listo ese cheque dentro de veinticuatro horas, todos nosotros habremos salido del país... y tú irás á la cárcel. ¡Nos encargamos de ello!

Acorralado por la fuerza del mal, Ralston lloró lágrimas de sangre.

A la mañana siguiente.

Percival fué á visitar de nuevo á Nina, más ésta, con digno tacto, le rogó que renunciara



—... Si no está listo este cheque dentro de veinticuatro horas...

en el acto á verla, para evitarse á sí mismos y á su esposo el recuerdo de la amistad que los había unido en otros tiempos.

Percival contestó á la despedida de Nina, con estas palabras:

—Me alegro de esto... Van á detener á tu marido... ¡«El Pendolista»!

—¿«El Pendolista»? No había comprendido...
¡Qué infame!

Ralston se hallaba con su hija, más triste que nunca, acosado por un terrible presagio.

Parecía como si en las caricias de su hija hallara el necesario consuelo á su dolor.

—Hija mía... —la dijo— Drelincourt es un muchacho excelente, merecedor de tu cariño.... Yo estoy muy contento de que os queráis y en prueba de ello he aquí un regalo... Vale una fortuna, pero más vale él... y más vales tú...

—¡Oh, papá sublime!

—No olvides nunca todo lo que tu padre te quiere...

—Y tú tampoco olvides cuanto tu hija te adora... Le voy á enseñar tu regalo á mamá... ¡Va á tener celos de mí! ¡Ja, ja, ja!

Vibraron en el aire las risas de Ana, y vibraron también en el alma inquieta del pobre eminente y poderoso falsario.

Ana no halló á su madre en su habitación, pues Nina estaba en el despacho de su esposo, encima de cuya mesa había el cheque por firmar con el nombre de Lord Drelincourt. Ralston sintió llegada la catástrofe que siempre presintiera.

—¿Qué haces aquí, Nina?

—Tenía una gran curiosidad por saber cómo hacía sus falsificaciones «El Pendolista»... ese famoso falsario... ¡y ya le he descubierto!

—¡Nina, ten piedad!

—¡No sólo falsificaste para robar dinero, sino para robar vidas!

—¡Sé clemente, Nina!

—¿Puedes alegar algo en tu defensa?

—No... No tengo nada que alegar. ¿Qué

piensas hacer?

—Voy á decirlo todo.

—Pero... piensa en Ana... en nuestra hija.

—No... No es tu hija... Tú usurpaste el puesto de otro hombre y Ana no es más que otra de tus falsificaciones. ¡Qué horrible vergüenza!

Anodado, rotas todas las fibras de su ser, maniqué á la merced de todo el mundo, Ralston adoptó una determinación.

El Barón, volvió, según le había prometido, á reclamarle el cheque. Ralston aparentando mucha tranquilidad, replicó:

—El cheque ya está firmado... Pero quiero insistir en entregarlo personalmente á nuestro Comité Central y obtener mi libertad en el acto.

—Como quieras... Nuestro yacht saldrá del sitio de costumbre á las nueve de esta noche.

—Nos veremos allí.. Y saldaremos todas nuestras cuentas.

—Eran las ocho de la noche. Percival hablaba con Nina referente á las gestiones que estaba llevando á cabo el capitán Reedwood para detener á Ralston, para lo cual bastaría su declaración y las dos cartas que obraban respectivamente en poder de ambos. Pero durante el día, Nina reflexionó profundamente y renunció á desamparar al padre de su hija, su esposo, cuyo nombre llevaba. Y dijo á Percival, que comprendió:

—No le amo... Sin embargo no puedo hacerle traición.

En este instante llegó el capitán, quien notificó á Percival:

—Estoy dispuesto á efectuar la detención...

¿Tienes las pruebas?

En un bello gesto de protección del honor de la mujer que siempre amara, Percival pronunció, arrojando al fuego las dos cartas, tan bellas palabras como éstas:

—¡Mis pruebas no podrán usarse jamás!

Ralston iba á salir de su casa y Nina, impulsada por un sentimiento muy humano, se le puso delante y le dijo:

—Jaime... tal vez haya interpretado mal... ¿Puedes explicarte?

—No, ahora no... He de marcharme...

—Vuelve á casa temprano. Todo estará arreglado.

—Sí... Todo estará arreglado.

A las nueve de la noche en punto, Ralston embarcaba con la partida de *financieros* en el yatch de la corporación.

En camino del islote, Ralston, dando muestras de una inmensa alegría, manifestó á la asociación de estafadores:

—Celebremos la conclusión de nuestro pacto.... Que baje también el piloto; no tiene más que echar el áncora y aquí, en el mar, donde estamos más á cubierto que en ninguna otra parte, en pocos minutos, cada cual cumplirá su palabra. Para empezar, entregaré el cheque de Drelincourt. ¿Estás contento, Hartfeld? Yo también. ¡Al fin voy á ser libre, á retirarme á vivir de mis rentas! ¡Qué de dinero hemos ganado durante veinte años, eh!

—He aquí nuestro convenio, Ralston.

—Gracias, Hartfeld.... ¿Y el cheque original?

—Es verdad. Tómalo.

—Bravo. Ya hemos cancelado nuestras cuentas.... Ahora bebamos la copa de despedida.

En un rápido movimiento, aprovechándose

del momento de llenar las copas, Ralston cerró la puerta del salón del yatch, donde ellos estaban, y amenazó con un revólver á todos, diciéndoles:

—He pensado en la mejor manera de liberarme.... Un medio que hará mucho bien á todo el mundo. ¡Vosotros me acompañaréis en mi viaje!

A hachazos abrió los fondos del barco y en poco tiempo, sin que nadie pudiera remediarlo, pues los que osaron abalanzarse contra Ralston para quitarle el revólver y derribar la puerta de comunicación con el puente para arrojarse al agua, cayeron heridos por sus disparos, el agua llenó el barco y todos hallaron como castigo á su maldad, la más trágica muerte....

Ralston había hecho el sacrificio de su vida, por la felicidad de su hija, como otra vez hizo el sacrificio de su libertad por el amor de Nina.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa

Aviso importante á
nuestros lectores

Han sido puestas á la venta las reimpresiones de los números agotados por lo que nuestros lectores podrán en sus sitios de costumbre surtirse de todos los publicados que les falten para completar la colección.

No pierdan tiempo y no permitan que se agoten de nuevo.

MUY EN BREVE:

¡El mayor acontecimiento editorial!

¡Sorprendente! ¡Maravilloso!

Complete pues su colección.